PRÓLOGO

La vida de Sandra Morán es la de muchas mujeres guatemaltecas y centroamericanas que han tenido que vivir una experiencia traumática desde su juventud —la guerra y la represión, el exilio, la soledad y la búsqueda de su propia identidad— como luchadoras, como activistas y, sobre todo, como mujeres a las que se les negaba el derecho a disentir, incluso dentro de las organizaciones políticas y sociales en las que militaban con la enorme diferencia en la que radica su aporte y su singularidad: en su recorrido experiencial de vida, Sandra realiza la reflexión y la autocrítica de su actividad como militante, como política y, sobre todo, como mujer.

Su infancia y adolescencia están marcadas por su origen humilde y católico, por un entorno familiar estable que le proporciona los fundamentos de su lucha posterior; existencia marcada además por su condición de mujer y su actividad como música. Ella misma dice que “su grito se transformó en

canto”. Por esta senda expresó su lucha como revolucionaria y como lesbiana.

Como otras muchas mujeres de su época, en el exilio fraguó su identidad y se situó como una activista que intentaba aunar su lucha feminista con el vínculo orgánico de la militancia revolucionaria. En una frase, extraordinaria por su fuerza, afirma: “en el exilio me revolucioné y dejé de ser orgánica y aprendí a ser autónoma”. Lo que es más importante, y una lección que todas las mujeres hemos aprendido antes o después: que la lucha no necesariamente pasa por la vinculación con un partido, un movimiento o una organización revolucionaria. Y se refiere a ello en términos positivos –*dejar de ser orgánica, para pasar a ser autónoma*– independiente del partido y el movimiento. Esta triste lección le generó soledad y desamparo, pero también –creo yo– le dio fuerzas para luchar por las personas y para las mujeres más allá de su ideología e identidad. Fue así como descubrió que las luchas pueden ser autónomas y mantener su propia identidad. En su caso, como el de otras muchas mujeres, prevalece su identidad múltiple: de género, de etnia, de religión y de orientación sexual sobre la identidad orgánica única.

Sandra escoge muy tempranamente su lucha por las mujeres y con ellas y despliega su propia voz –*Nuestra Voz*– como la de aquellas mujeres que se unieron en diferentes plataformas de lucha, para dar prioridad a sus derechos como mujeres sobre otros intereses o reivindicaciones políticas. Estas, en muchas ocasiones, relegan los derechos de las

mujeres a otros intereses que esconden actitudes machistas. Por ello, se enfoca en la defensa de las mujeres que luchan por la liberación de los pueblos. Considera que el derecho a su identidad está por encima de otros derechos sociales y políticos, lo que le genera muchos conflictos con las organizaciones y los partidos políticos tradicionales, situación que muchas otras mujeres hemos vivido en múltiples ocasiones y que lo reflejan otras líderes del movimiento feminista internacional y centroamericano.

El gran reto de Sandra ha sido articular los derechos de las mujeres con el feminismo que —a su juicio— “es una propuesta que confronta el poder, que posiciona a las mujeres como sujetas políticas, que articula la defensa del cuerpo y del territorio y que confronta el colonialismo y el racismo”. Frase brillante y, desde esa posición “autónoma e identitaria”, lanza su disputa por el poder, intentando transformar, al menos, las estructuras machistas y profundamente racistas.

Sin embargo, en esta lucha entre partidos y movimientos sociales, sobre todo en los de izquierda, encuentra enormes dificultades, ya que no consideran que las mujeres puedan ser “sujetas políticas” con derechos específicos de género, lo que le produce serios desencuentros.

Y es aquí donde se encuentra uno de los argumentos más autocríticos y reflexivos del libro de Sandra Morán, plasmado en la frase: “los movimientos de mujeres y los movimientos sociales hemos vivido casi una esquizofrenia”, la izquierda nunca reconoció las reivindicaciones de las mujeres

y, cuando lo hizo, las relegó a un segundo o tercer plano, al considerar que estas luchas tenían una legitimidad menor que las de los hombres o las de la “gran política”, entendida como toma del poder sin estrategia; en el fondo: una burda forma de encubrir el machismo.

El gran dilema de Sandra y de la izquierda en América Latina, es cómo conjugar los movimientos sociales con los partidos políticos sin que aquéllos se disuelvan o se anulen; cómo conseguir que cada uno de ellos mantenga su autonomía y los espacios de reivindicación propios; cómo hacer que no se fagociten, o que unos se conviertan en un instrumento de los otros—los partidos de los movimientos o viceversa— para lo que es preciso resolver antes este gran dilema. Este fenómeno es común a otros movimientos cuando se convierten en partidos—Podemos en España, Syriza en Grecia, los Verdes en Alemania— y se desvinculan de los movimientos de los que procedían y pierden una gran parte de su fuerza y autonomía. Este mismo fenómeno sucedió en América Latina con los populismos clásicos—el peronismo en Argentina, al varguismo en Brasil, el cardenismo en México— y otros populismos latinoamericanos. La solución que la autora propone es una autonomía relativa, una estrategia conjunta de acción y, sobre todo, una articulación de ambas instancias y, en el caso de las mujeres y del movimiento feminista, conseguir que las mujeres sean “sujetas políticas” y no apéndices de los hombres.

En el fondo, en la tensión entre movimientos sociales y partidos políticos, lo que subsiste —y es

el grave problema de la izquierda—, como ocurrió en Grecia, España, Italia, Argentina, Chile o Guatemala, afecta al tema de la representación política, que sigue funcionando como la representación liberal, de acuerdo con la cual los partidos, los sindicatos e incluso los grupos de poder eran los únicos que representaban la escena política. De pronto, a partir de las luchas por los derechos civiles que culminaron en el Mayo de 1968, irrumpen masivamente los movimientos sociales, aparecen otros actores que disputan esa representación y que poseen mayor legitimidad, y nuevas formas de lucha que desplazan a los actores tradicionales que se sienten traicionados. Es entonces cuando se inicia una tensión, aún sin resolver, porque los viejos cauces de la representación política se consideran sin vigencia, como lo están demostrando muchos de los procesos electorales, mientras que los nuevos actores sociales, generalmente vinculados a movimientos identitarios de etnia, género, edad o religión, no llegan a plantear un objetivo común, consumiéndose en unas luchas identitarias que hacen perder de vista el objetivo general de otro modelo que contempla el conjunto de la ciudadanía: la reformulación del Estado y de sus instituciones, la refundación de la nación y la reconstitución de una ciudadanía diversa, plural y democrática.

Frente a este reto, ímprobo y de difícil consecución al menos por una sola persona, Sandra se lanza por la vía más realista: la participación en un partido de nuevo cuño, que respete la pluralidad, la diversidad de identidades y que no se desligue de los movimientos